

bido hasta el Schwobenland, hasta allí Gernot los hizo acompañar por sus guerreros, para que no sufrieran la menor desgracia.

Cuando los dejaron estos, el poderío de Etzel los protegió en todo el camino. En ellos nadie les quitó ni los caballos ni los vestidos, y cabalgaron con gran rapidez hasta el Huneland.

A todos los amigos que conocían por allí, les anunciaban que los héroes de Borgoña irían dentro de pocos días, desde el Rhin al país de Etzel. El obispo Pilgerin supo también la noticia.

Cuando en su camino llegaron frente á Bechlaren, no ocultaron la noticia á Rudigüero ni á su esposa Gotelinda la noble margrave. Grande fué su alegría al saber á quienes iban á ver.

Se veía á los músicos apresurar su marcha. Encontraron á Etzel en su ciudad de Gran. Todos los ofrecimientos y felicitaciones que habían recibido las manifestaron al rey, que de alegría se puso rojo.

Cuando supo la reina que sus hermanos iban á ir á aquel país, se sintió dichosa; hizo dar á los mensajeros grandes regalos, pues quería honrarlos.

Ella preguntó: «Decidnos ambos, Werbel y Schwemmel ¿cuales son de mis parientes los que vendrán á la fiesta, entre los mejores á quienes hemos invitado para que vengan á este país? Decidnos tambien que dijo Hagen cuando supo la noticia.»

«Fué al consejo una mañana temprano y dijo pocas y buenas palabras, todos aconsejaban el viaje al Huneland, el feroz Hagen sostuvo que corrían peligro de muerte.»

«Vendrán vuestros hermanos los tres reyes con suntuoso aparato. En cuanto á los demás que han de venir con ellos no he podido saberlo. Ha prometido acompañarlos Volker el fuerte músico.»

«Con mucho gusto» dijo la reina, «dejaría de ver aquí á Volker. Hagen me es muy querido, por ser de los mejores guerreros. Al saber que voy á verlo, experimento grande alegría.»

La reina fué á ver al rey. ¡Qué de amorosas palabras

le dijo Crimilda! «Os agradan estas noticias, mi querido señor, lo que tanto deseaba va á cumplirse.»

«Lo que tú quieras me alegra» le respondió el rey; «nunca cuando mis parientes han venido á mi reino he sentido el corazón tan alegre. Con la venida de tus amigos desaparecen todos mis cuidados.»

## XXV.

## DE COMO LOS REYES FUERON AL PAÍS DE LOS HUNOS.

**L**os encargados para ello por el rey, prepararon en el palacio y en los salones sitios suntuosos para los huéspedes queridos que debían llegar. Después ocurrieron grandísimas desgracias.

El jefe del Rhin hizo vestir á sus hombres en número de mil sesenta, según he sabido y con nueve mil criados se dirigió á la corte: los que se quedaron en sus casas los lloraron más tarde.

A Worms, residencia de la corte, llevaron todo lo necesario. Un anciano obispo de Spira dijo á la señora Uta: «Nuestros amigos quieren ir á esa fiesta; que Dios los proteja.»

Así dijo á sus hijos la noble y buena Uta: «Permaneced aquí, héroes escogidos: esta noche he soñado cosas espantosas, todo los pájaros de este país se habían muerto.»

«El que fia de los sueños,» replicó Hagen, «nunca sabe la verdad de lo que se refiere á su honor. Mi deseo es que los señores después de despedirse vayan á la corte.»

«Con placer caminaremos al país del rey Etzel, donde las manos de buenos héroes servirán á los reyes como hemos de verlo en la fiesta de Crimilda.» Hagen aconsejó el viaje; despues sintió pena por ello.

El se hubiera opuesto si Gernot no le hubiera zaherido con imperio sus palabras. Él, recordando á Sigfrido el esposo de Crimilda, decía: « Por esta causa Hagen no quiere realizar el gran viaje. »

Así le respondió Hagen de Troneja: « Nunca me impuso temor. Realizad, héroes, lo que tenéis deseos de hacer: yo os acompañaré con gusto al país del rey Etzel. » Después tuvo que romper muchos yelmos y muchos escudos.

Los barcos estaban preparados en las orillas del Rhin: en ellos cargaron todos los vestidos que llevaban. Tuvieron que trabajar hasta por la noche y bien pronto dejaron sus casas emprendiendo alegres el viaje.

Establecieron las tiendas y las chozas al otro lado del Rhin en el punto en que querían acampar. La hermosa esposa de Gunter le rogó que permaneciera á su lado y aquella noche lo tuvo abrazado.

Las trompetas y las flautas resonaron á la otra mañana muy temprano, cuando debían partir. Los que amaban estrecharon entre sus brazos á los que eran amados. Con extraordinaria crueldad los separó luégo la esposa del rey Etzel.

Los hijos de la hermosa Uta tenían un vasallo fuerte y fiel; en el momento de partir dijo en secreto al rey lo que tenía en el alma. Le dijo: « Mucho me hace sufrir que realices este viaje. »

Se llamaba Rumoldo y era un héroe fuerte y valiente. Añadió: « ¿ Á quien queréis dejar vuestra gente y vuestro país? ¡ No habrá nadie que pueda haceros desistir de vuestro propósito! La invitación de Crimilda no me parece buena. »

« El país y mi hijo te quedan confiados y protege bien á las mujeres, tal es mi voluntad. Consuela al que veas con el corazón y el alma oprimida. Nunca nos hizo mal la reina Crimilda. »

Los caballos estaban dispuestos para los elevados señores y sus hombres. Muchos caballeros que se distinguían por sus pacíficas costumbres, se separaron cariñosamente de sus esposas que pronto debían llorarlos.

Cuando partieron los atrevidos guerreros sobre sus caballos, las mujeres quedaron en grandísima aflicción: el alma les avisaba de que aquella separación debía proporcionarles pesares sin cuento.

Cuando los esforzados Borgoñones se pusieron en marcha se oyó en todo el país un grito de angustia. De ambos lados de la montaña lloraban hombres y mujeres. Pero hicieran lo que hicieran ellos partieron contentos.

Mil héroes Nibelungos iban con ellos, llevando arneses: dejaban en las casas muchas hermosas mujeres que no volvieron á ver. La herida de Sigfrido causaba siempre dolor á Crimilda.

Los que acompañaban á Gunter siguieron su viaje por el Ostfranken hacia el Mains. Hagen era el guía, pues conocía el camino; el mariscal de ellos era Dankwart el héroe del país de Borgoña.

Mientras caminaron por el Ostfranken hacia el Schwaneufelde podían ser admirados los príncipes y sus amigos por su aspecto grandioso. A la duodécima mañana el rey llegó al Donau.

Hagen de Troneja caminaba siempre delante y muchas veces fué á ayudar á los Nibelungos. El fuerte guerrero echó pié á tierra y de prisa amarró su caballo á un árbol.

El río estaba desbordado, las barcas sumergidas. Los Nibelungos se veían apurados sin saber como atravesar, pues la corriente era muy ancha. Muchos valientes caballeros se bajaron de sus caballos.

« Aquí, dijo Hagen, van á ocurrir muchos accidentes, príncipe del Rhin; tú mismo lo puedes ver: El río se ha desbordado y la corriente es muy fuerte. Temo que perezcan muchos esforzados guerreros. »

« Hagen, ¿ qué me quieres decir? » le preguntó el rey. « Aquí de vuestro valor, no hay que desanimarse. Procura que pasemos á la otra parte del río con todos nuestros caballos y vestidos. »

« Para mí, » le respondió Hagen, « la vida no tiene tantos pesares que quiera perderla en este revuelto río. Antes que esto suceda, perecerán por mi mano muchos hombres en el país del rey Etzel. »

« Permaneced aquí junto al agua, buenos caballeros; iré á lo largo del río para buscar á los barqueros que nos conduzcan al país de Gelfrat. » Dicho esto el fuerte Hagen cogió su bien templado escudo.

Estaba bien armado; además del escudo que llevaba, tenía bien sujeto su brillante yelmo. Sobre su fuerte arnés ceñía una ancha espada de dos filos que cortaban de una manera terrible.

Buscaba á los barqueros por una parte y por otra. Escuchó que el agua se movía y era que en una límpida fuente jugaban blancas mujeres. Querían refrescarse y bañaban allí sus cuerpos.

Hagen las vió y se acercó con cautela, pero ellas huyeron al divisar al héroe, sintiéndose orgullosas de haber escapado. Él cogió sus vestidos sin hacerles daño ninguno.

Así dijo una de las mujeres del agua que se llamaba Hadburg: « Hagen, noble caballero, si queréis devolvernos nuestros vestidos os diremos lo que ha de pasar en vuestro viaje al Huneland. »

Semejantes á los pájaros se acercan sobre el río: parecióle que eran avisadas y se manifestaron lo que deseaba saber.

Le dijo: « Podéis seguir vuestro viaje al país del rey Etzel. Os juro por mi fé que nunca héroes se presentarán mejor, ni recibirán mayores honores: esto que os digo es la verdad. »

Al escuchar estas palabras, Hagen sintió alegría en su corazón: sin tardar más les devolvió sus trajes. Cuando se ajustaron sus maravillosos vestidos le dijeron la verdad, de lo que les había de ocurrir en el país del rey Etzel.

Así le dijo la otra mujer de las aguas cuyo nombre era Liegelinda: « Quiero advertirte, Hagen, hijo de Aldriano, que por haberle robado su ropa, te ha engañado mi tía y si vas al país de los Hunos, serás horriblemente engañado. »

« Menester es que te vuelvas, aún es tiempo. Tu destino, héroe valeroso, es morir en el Huneland. Los que van contigo llevan la muerte en la mano. »

Entonces respondió Hagen: « Me engañáis sin motivo. ¿Cómo puede ser que en la fiesta muramos tantos por la enemistad de una sola persona? » Dieron mas claramente al héroe sus noticias.

Le dijo una de ellas: « Así lo has de ver; ninguno de vosotros podrá librarse, excepto el capellán del rey; esto lo sabemos positivamente. Solo él volverá sano y salvo al país del rey Gunter. »

Con furiosa cólera le respondió el fuerte Hagen: « Dificil me será hacer saber á mi señor que debemos perder vida y cuerpo entre los Hunos. Ahora, la más sabia de las mujeres, dínos un medio para atravesar el río. »

Le contestó: « Por cuanto no quieres renunciar á esa expedición, allá á la parte arriba de las aguas, hay una cabaña. Allí hallarás un barquero y no en ninguna otra parte. » Él creyó en la respuesta que daba á su pregunta.

La otra dijo también al impaciente guerrero: « Esperad un momento, señor Hagen, vais muy deprisa; escucha de que manera llegarás mejor á la otra orilla. El señor de esta Marca se llama Else. »

« Su hermano tiene por nombre Gelfrat el héroe, un señor del Baierland: encontraréis obstáculos para atravesar su Marca: menester es que seáis prudentes y tengáis cuidado con el barquero. »

« Tiene tan furiosos instintos que no lo pasaréis bien si no sois espléndidos con ese héroe; dadle buena recompensa. Él guarda este país y es muy fiel al Gelfrat. »

« Aunque no venga á tiempo llámalo á la orilla y dile que te llamas Amelrico; así se llamaba un buen héroe que por enemistades abandonó este país. Inmediatamente que oiga este nombre se acercará á la orilla. »

El altivo Hagen dió las gracias á las sabias mujeres por sus consejos y enseñanzas; no añadió ni una palabra. Siguió el camino hacia lo alto de la corriente hasta que vió el alojamiento en la otra orilla.

El héroe comenzó á gritar: « Ven hacia mí, barquero », dijo el buen héroe: « yo te daré en pago un brazalete de oro rojo; pues es menester sepas que me es muy necesario pasar. »

No le convenía obedecer al rico barquero: casi nunca aceptaba cualquier pago y los que le servían tenían también grandes pretensiones. Así, pues, Hagen permanecía en la orilla del río.

Gritó con tanta fuerza, que todos los ecos resonaron; pues el poder del fuerte héroe era muy grande: «Ven por mi Amelrico; soy uno de los hombres de Else que abandonó este país por un gran disgusto.

Enseñó en la punta de la espada un hermoso y brillante brazalete de oro rojo, para que lo pasara al país de Gelfrat. El altivo barquero cogió el remo en sus manos.

Tenía muy malos instintos el batelero; el deseo de una gran recompensa le produjo un fin desgraciado. Quiso ganar el oro rojo de Hagen y sufrió una muerte horrible por mano del héroe.



El barquero remó con fuerza hasta la otra orilla. Al escuchar nombrar á uno que no hallaba y ver á Hagen se enfureció y con terrible cólera le dijo al héroe:

«Puede ser que os llaméis Amelrico, pero no os parecéis en nada al que yo solía ver, el cual es hermano mío de padre y madre: por cuanto me habéis engañado os quedaréis ahí.»

«¡No! por el poderoso Dios»; le respondió Hagen. «Yo soy un guerrero extranjero y además hay muchos héroes encomendados á mi cuidado; aceptad mi recompensa.»

El barquero le contestó: «Eso no puede ser de ningún modo: tienen muchos enemigos mis queridos señores, por lo cual no paso al país á ningún extranjero. Si la vida os es cara saltad á tierra.»

«No obréis así», respondió Hagen, «mi alma está apesadumbrada. Aceptad mi recompensa, este oro puro, y pasad á la otra orilla mil caballos y otros tantos hombres.» El furioso barquero le dijo: «Eso no lo haré nunca.»

Levantó un fuerte remo, grande y pesado y lo descargó sobre Hagen quien sufrió un dolor tan grande que cayó de rodillas en la barca. Jamás el de Troneja había encontrado un batelero tan terrible.

Redobló su fuerza contra el extranjero; descargó con el remo tan fuerte golpe sobre la cabeza de Hagen que saltó en astillas; era un hombre muy fuerte, pero tenía que sucederle una gran desgracia al barquero de Else.

Con furiosa cólera Hagen llevó la mano á la empuñadura de la espada y dió al aire su bruñida hoja; con ella le dió en la cabeza y lo tiró por tierra. Los Borgoñones supieron bien pronto la noticia.

En el momento en que hirió al batelero, la barca fué arrastrada por la corriente; esto le disgustó mucho: sentía fatiga antes de comenzar á remar, pues había empleado todas sus fuerzas el compañero del rey Gunter.

Remaba con golpes tan seguidos, que los fuertes remos se rompieron en sus manos. Quería llegar hasta los guerreros que se encontraban en la orilla, pero no tenía otro



remo; amarró los pedazos con una correa del escudo, é hizo un lazo estrecho. Bajando la corriente condujo la barca hacia un sitio donde en la orilla encontró á su señor: muchos valerosos héroes salieron á su encuentro.

Como el rey Gunter viera correr la sangre por la barca, la sangre aun caliente, le preguntó: «Decidnos, señor Hagen ¿qué le ha pasado al barquero? Vuestra terrible fuerza le habrá quitado la vida.»

Él le respondió con engaño: «He encontrado la barca amarrada á un sauce y mi mano la ha desatado. No he visto allí ningún barquero y por causa mía nadie ha sufrido daño.»

Así dijo Gernot, el rey de Borgoña: «Tendré que llorar la muerte de muchos queridos amigos, porque

no tenemos bateleros que nos pasen al otro lado: por esto siento grandes cuidados.»

Hagen gritó: «Vosotros, sirvientes, dejad en el suelo

las cargas; yo era, sin alabarme, el mejor barquero que se podía encontrar en las orillas del Rhin: os pasaré al país de Gelfrat, estoy seguro.»

Para llegar mas pronto á la otra orilla, pegaron á sus caballos; estos nadaron tan bien que la corriente no se tragó ni á uno solo. Algunos fueron arrastrados á causa de la fatiga.

La barca era muy grande, fuerte y ancha. Transportó al otro lado del río de una vez quinientos hombres con sus equipos, sus víveres y sus armas. Aquel día tuvieron que remar muchos buenos caballeros.

Condujeron en la barca su oro y sus vestidos; pues tenían que realizar el viaje. Hagen los dirigía llevando así á la otra orilla del país desconocido á muchos buenos guerreros.

Mientras que los conducía sano y salvo por encima del río, el atrevido guerrero se acordó de la predicción que le habían hecho las extrañas mujeres de las aguas; el capellán del rey estuvo á punto de perder la vida.

Le vió junto á los objetos sagrados con la mano apoyada en las reliquias: y cuando Hagen lo miró, el desgraciado sacerdote debió sentir inquietud.

Lo atacó bruscamente arrojándolo de la barca. Muchos le gritaron: «¡Deteneos, Hagen, deteneos!» El joven Geiselher se sintió irritado, pero él no atendía á nada que no fuera la realización de su proyecto.

Así dijo Gernot, el rey de Borgoña: «¿Qué conseguís, señor Hagen, con la muerte del capellán? Si otro lo hubiera hecho hubierais sentido pesar. ¿Por qué razón le habéis cobrado odio á ese sacerdote?»

El sacerdote nadaba con fuerza: se hubiera salvado si le ayudara alguien, pero no pudo ser así; porque el fuerte Hagen, llevado de su cólera, lo empujó hasta el fondo del agua; esto no pareció bien á nadie.

El pobre sacerdote, no esperando ningún socorro, nadó hacia la otra orilla; su angustia era grande. Cuando no pudo más le ayudó la mano de Dios y llegó á la arena con vida.

El desgraciado sacerdote se puso de pié y sacudió sus

vestidos. Por esto conoció Hagen que tenía que cumplirse la predicción hecha por las extrañas mujeres de las aguas. Él pensó: «Estos héroes perderán vida y cuerpo.»

Cuando descargaron la barca y sacaron lo que habían llevado los reyes y sus caballeros, Hagen la rompió en pedazos y los arrojó al río: grande fué la estrañeza de los caballeros nobles y buenos.

«Hermano, ¿porqué haces eso?» le preguntó Dankwart. «¿Cómo pasaremos cuando volvamos del país de los Hunos dirigiéndonos al Rhin?» Hagen le dijo luégo que no darían la vuelta.

El héroe de Troneja le dijo: «Lo hago porque temo que haya entre nosotros un cobarde que quiera volverse de este país llevado de su pequeñez de corazón, éste hallaría en el río una vergonzosa muerte.»

Cuando el capellán del rey vió que rompía la barca, le dijo á Hagen desde la otra orilla: «Asesino sin fé ¿qué te he hecho yo desgraciado sacerdote para que me quieras ahogar?»

Hagen le respondió en seguida: «Déjate de esas palabras, yo siento por mi fé que hoy te hayas escapado de mis manos, no lo digo en broma.» El pobre sacerdote le respondió: «Por ello doy gracias á Dios.»

«Yo te temo muy poco, puedes estar seguro: sigue tu camino hacia los Hunos, yo me vuelvo al Rhin. Dios quiera que nunca volváis, esto lo deseo de corazón, pues casi me habéis quitado la vida.»

Llevaban entre ellos un héroe Borgoñon de gran fuerza; se llamaba Volker: sus palabras eran siempre elocuentes y todo lo que hacía Hagen merecía su aprobación.

Sus caballos estaban preparados y las bestias de carga dispuestas; durante el viaje no habían tenido más disgusto que el del capellán del rey: éste tuvo que volverse á pié al Rhin.



## XXVI.

DE COMO DANKWART MATÓ Á GELFRAT.

**C**UANDO todos hubieron llegado á la otra orilla, el rey Gunter preguntó: «¿Quién nos enseñará en este país el recto camino para que no nos perdamos?» El fuerte Volker le respondió: «Déjame á mi ese cuidado.»

«Ahora tened cuidado, dijo Hagen, caballeros y escuderos: no separarse de los amigos, esto me parece bueno. Yo voy á haceros conocer una triste noticia; de los que vamos aquí, ninguno volverá al país de Borgoña.

«Me han dicho dos mujeres de las aguas esta mañana temprano, que ninguno volvería. Esto es lo que os aconsejo: armáos, héroes, y estad con mucho cuidado: aquí tenemos fuertes enemigos, y es menester avanzar á la defensiva.

«Esperaba probar la mentira de las extrañas mujeres de las aguas: me habían dicho que ni uno solo volvería sino el capellán; por esto traté de darle muerte.»

Voló esta noticia de compañía en compañía. Más de un fuerte héroe tornóse sombrío, pues tenían cuidado por la terrible muerte que habían de recibir en aquel país; terrible desgracia tenía que ser aquella.

El río lo habían pasado por cerca de Moeringen, donde el batelero de Else había perdido la vida. Hagen dijo: «Por cuanto yo me he conquistado enemigos en el camino, aquí estoy seguro que nos detendrán. Yo maté al barquero esta mañana temprano, sabedlo. Estemos prevenidos, y si Gelfrat y Else quieren atacar nuestro acompañamiento, les ocurrirán negras desgracias.»